EL POZO NEGRO

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

El pozo negro.

Era el oficio de Pedruco el más sucio, repugnante y duro que puede ofrecerse á hombre menesteroso y condenado á ganarse el pan entre la inmundicia; quiero decir que Pedruco era pocero, de estos que en las cloacas y alcantarillas, en la propia entraña de la caverna humana, metido hasta la cintura en el lodo nauseabundo, pasan sus horas de sol envenenando sus pulmones por limpiar ajenos detritos. Para apencar con oficio semejante, ya que otros no se le brindaban fáciles á su honradez y á su hambre y á las exigencias de la mujer que su mala estrella le diera, necesitaba el infeliz buen estómago, cabeza sólida, puños robustos, piernas firmes y nariz poco vigilante y nada melindrosa, dotes todas que Pedruco poseía en tal grado que bajaba á lo profundo y subía sin bascas ni mareos, cual si acabara de recorrer encantados jardines.

Paréceme inútil apuntar que no olía á rosas Pedruco, y eso que el mozo, después

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

de cada viaje por las espantosas regiones de la porquería, se lavaba en dos aguas y ponía la cabeza bajo el chorro de la fuente para que la Selma, su mujer, no hiciera aspavientos y huyera de su contacto. En esto era Pedruco tan extremoso que no cabía más: aparte del lavatorio obligado se mudaba la ropa interior, se frotaba la barba y las manos con una pastilla de jabón de las menos ordinarias, y hasta solía rociarse con esencias baratas, en que empleaba el fondo destinado á los cigarros. Pero, sea que la fetidez la llevara pegada al cuerpo y no valieran las aguas de un río, todo era volver del trabajo y entrar en la cocina donde la mujer preparaba la cena, y advertir el malhumor, el desdén y la frialdad de su Anselma.

Podrá el hombre diferenciarse de otro en la fachada, pero por dentro y en lo esencial, influya mucho ó poco la cultura, lo mismo siente Pedruco el pocero que el noble coronado de hojas de perejil. Y lo que Pedruco sentía cuando la Selma esquivaba sus brazos, frunciendo la nariz con asco intolerable, eran celos furiosos, celos del Juanón, el carpintero del lado, su rival en los días del noviazgo, cuando la suerte no le había hecho descender todavía al bajo oficio de ahora, y gracias á su apostura y al gato de su padre logró vencer en buena lid á sus rivales.

Que tuviera ó dejara de tener la Selma con Juanón, no es cosa averiguada, y aunque lo fuese no habría para qué señalar manchas en la honra de hombre tan limpio como Pedruco, que, si se lavoteaba y fregaba en dos aguas cada día, por mantener inmaculada la suya era capaz de verter la sangre de Juanón entera y la de todos los Juanones libertinos.

Celoso estaba, pues, Pedruco, sin razón ó con razón, y cada vez que la Selma huía, como digo, pensaba en venganza tan horrible cual la de cortarla la nariz para que no le oliera á él y Juanón no la deseara ya, desfigurada. Destruído el órgano olfativo, parecía evidente que aquello que le separaba de su mujer y denunciaba el perverso espía, ahuecando sus alas con sopliditos de alerta, quedaba ya disimulado y la Selma (si es que la coquetería no tomaba cuentas del ultraje) vería en él al hombre enamorado que por ella y su bienestar se prestaba humilde á tan asquerosos menesteres.

Metida esta idea en la cabeza, Pedruco no perdía de vista á su enemigo. Causábale grandísima rabia observar cómo movía la puntita sonrosada y fina, antes que los ojazos pardos, sus compañeros, le descubrieran, y el que la higiene, la más pura de las esencias, no sirviera para despistarla ó calmar su irritante susceptibilidad. ¡Maldita nariz! ¡chismosilla de mil demonios! tan graciosa, sin embargo, que nadie diría estaba en guerra constante con las moléculas todas olorosas...

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Una mañana vió Pedruco que salía la Selma muy entapujadita y allá se fué detrás, porque el serrucho de Juanón le rechinaba en las orejas á todas horas. Pisando levemente, la siguió por aquellas callejas, muy contento de que su enemigo, que asomaba por la puntilla del velo, moradito de frío, no la soplara á su dueña que el hediondo marido andaba cerca, y así, la soga tras del caldero, entró la Selma en la iglesia y Pedruco se escondió entre las sombras, tan bien, que ni la nariz ni los ojos de su mujer podían delatarle. Seguro estaba Pedruco de lo que iba á pasar: el aparecer de Juanón, el encontronazo con la infiel, la desaparición de ambos por la puerta traviesa y el repentino y vengador navajazo suyo, que suprimía para siempre y de raíz la causa del divorcio de dos almas.

Pero, no pasó nada de esto, sino que la Selma se arrodilló al pie de un confesonario, pegó la entapujada cabeza á la reja y contó al señor cura lo que su nariz la contaba á ella ó lo que Juanón susurraba en sus oídos. Avergonzado, Pedruco soltó el cabo de la navaja y miró al señor cura, que poquito á poco iba descendiendo al fondo de aquella alma... ¡Ay! como él, cuando en lo más hondo del pozo no veía ya luz y le asfixiaban los miasmas, el señor cura alzaba la cabeza y los ojos buscando aire y claridades. ¡Qué sucia, pero qué sucia debía de estar la conciencia de la Selma! ¡y qué perdido iba á salir el señor cura de la inmersión en aquel lodazal!

Meditabundo se marchó Pedruco á su trabajo, y todo el día, armado del escobón y del cubo, en las profundidades de la cloaca infecta, barriendo el légamo se le figuraba que lo que barría eran los malos pensamientos de la Selma, sus pícaras intenciones, acaso sus hechos indecentes, todo aquel pestífero amalgama que percibía su olfato de celoso y que al señor cura obligaba á levantar al cielo la cabeza y los ojos. No ya el corte nasal, pueril venganza é inútil, sino un chapuzón en plena corriente del río había que dar á la Selma, porque sin duda el señor cura habíase limitado á una enjabonadura de rosarios y á dos padrenuestros de enjuague.

Volvía Pedruco á su casa, por la tarde, y en la fuente cercana en que acostumbraba á asearse vió al señor cura sentado, tan tranquilo. Ni lamparones en la sotana, ni lodo en los zapatos, ni mácula alguna en toda su persona, muy lustradita y adecentada, como de quien no tiene el oficio de bajar diariamente al pozo negro de la conciencia. Olor, tampoco ninguno, como no fuera el delicadísimo de santidad, un tufillo celestial que le envolvía todo y que aun á narices tan torpes como las de Pedruco hacía cosquillas, parecía desprenderse de sus rizos de seda blanca asomados bajo el solideo, ó de sus manos, consagradas para la bendición, ó de su figura ente-

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ra, de anciano que se sienta á meditar sobre las miserias del mundo, en medio de la serenidad del campo adormecido. No, ni mancha alguna ni vaho sospechoso advertía Pedruco. ¿Se habría lavado también el señor cura, ó mudado de ropa, ó rociado con esencias costosas? ¿O no sería culpable la Selma y tenía la conciencia más limpia que una patena?

Pedruco metió las manazas en la fuente y el agua se enturbió, desparramando por el aire desagradables perfumes. El señor cura, al contestar plácidamente su brusco saludo, llevó el pañolón de yerbas á la cara... —¡Apártate, que apestas!—quería decir el ademán de su reverencia; pero Pedruco no se apartó y continuó soltando en la fuente toda la podre que traía. ¿Acaso el buen señor no había hecho lo mismo al salir del confesonario, llevando pegadas en los oídos las picardías todas de la Selma, sus mentiras, sus falsedades, la historia repugnante de sus conyugales desvíos y del negro y horrendo pecado de adulterio, del que se había aliviado la otra como de fardo insoportable? Bien que olería entonces el señor cura, bien que apestaría como él, el pocero infeliz, esclavo del trabajo.

Y sin decir palabra, desdeñoso, se alejó chasqueando las destalonadas alpargatas, convencido otra vez de la infidelidad de la Selma y dispuesto firmemente, decididamente, á ahogarla en el río y á Juanón

con ella; porque él no poseía la manga ancha del señor cura, aunque allá se fueran (irreverencia aparte) su ingrato oficio y el del que escarba á diario el pozo negro de la conciencia.

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

¡SANTIAGO Y ABRE ESPAÑA!

UNIVERSIDAD
UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

¡Santiago y abre España!

(APÓLOGO)

A la sombra de sus laureles seculares descansaba el viejo caballero, en la noble casa solariega, sobre la cual la leyenda dorada resplandecía como el sol. Molido de yangüeses, ahito de desengaños, enfermo de pesadumbre, su consuelo mayor era tornar los ojos al pasado, y en el pasado recrearlos, confortando el ánimo con el recuerdo de las proezas suyas de otros tiempos, tan grandes y famosas como no las realizara jamás caballero alguno, ya alanceando moros, ya descubriendo mundos, ya conquistando al arte y domeñando la gloria; ora fundando nacionalidades en tierras ignotas, nuevo patriarca de heroica descendencia, ora con la fe por enseña escalando los alcázares del cielo. Y engreído, aletargado, reposaba el caballero en el noble solar, sobre el que la leyenda dorada resplandecía como el sol.

Entretanto, el Progreso removía los cimientos de las sociedades, y con sus pies alados recorría el Comercio los caminos,

UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

anunciando la buena nueva que del atraso y de la miseria había de redimir á todos, profeta moderno, taumaturgo de la realidad, que unía los mares y las inteligencias, armonizaba intereses y necesidades, arrastrando las muchedumbres al influjo de su caduceo simbólico. Fuera sordo el viejo caballero, ó en profundo sueño estuviera sumido, y por fuerza de este estrépito, de este colosal rumor de lucha, de este recio combatir por el propio pan y la abundancia, empresa harto menos romántica pero más práctica que la de ofrecer la vida por su dama; de toda esta batalla, digo, en que las razas peleaban furiosas y enzarzadas, algo debía percibir, eco débil, bastante, sin embargo, para hacerle revolver en el ocioso lecho, recogiera del pasado la mirada y sobre el presente la fijase desdeñoso.

Y como por los ojos entra cuanto existe, lo grande y lo pequeño, lo abstracto y lo concreto, que tras de ambas ventanas la inteligencia observa, desmenuza y clasifica objetos y teorías, obrera sublime siempre en vela, tenía que ver el caballero, y lo vió, porque no estaba ciego, que la guerra de aquellas gentes no era como las en que él y su progenie se habían mezclado; no era guerra de devastación y de muerte, sino de vida y por la vida, no por quimeras, se luchaba. Vió también el caballero, y esto le dolió sobre todo encarecimiento, que de resultas, sin duda, de su

prolongado reposo, la casa de sus mayores mostraba las grietas de la ruina, los campos aparecían yermos y su hacienda comida de la polilla del descuido. Algo de aquel frenesí universal, contagio saludable, invadió su espíritu y sus miembros; se esperezó, incorporóse, tentó á levantarse...

También él, ¿por qué no?, también él lucharía como los demás, reedificaría la casa, sanearía su hacienda. Precisamente, del otro lado del agua, muchos pueblos jóvenes, ricos en productos y en promesas, hijos de su sangre, le saludaban en su hermosa lengua; parentela olvidada y lejana, desconocida á fuer de lejana y olvidada. Iría hacia ellos, entablaría más estrechas relaciones con ellos, mercaría más directa y eficazmente con ellos... Aquí una duda, una espantosa duda se le clavó en el alma al caballero, como saeta enemiga. ¿Digna de él, de su historia, de su alcurnia, sería tal empresa? Nunca supo que un armado caballero hiciera de mercader, oficio bajo y de conciencias torcidas, ni leyó en sus libros que ni Belianises, ni Tirantes, ni Roldanes se rebajaran en andanzas mercantiles. ¿Lo consentirían las pragmáticas de la caballería?

Consintiéranlo ó no, como los modernos caballeros no pueden vivir como los de antaño, y la necesidad es ley tiránica, el de mi cuento echó dudas y vacilaciones á un lado, el yelmo de Mambrino y la he-

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

rrumbrosa coraza; sacó fuerzas de flaqueza, y un barco, que para sus expediciones marítimas reservaba — ¡ay, cada vez más escasas!—aprestó y armó en corso de paz. Satisfecho y resuelto cargó su embarcación de togas y bonetes doctorales, cien toneladas; de sotanas, solideos y rosarios, doscientas; tres, de flores retóricas; otras más, de prejuicios de cal y canto; de levitas, varios quintales y un adarme de concesiones, rellenando de paja de palabras los huecos para estibar bien y curiosamente su pacotilla. Hecho esto, tomó la calle de en medio, que era la que más directamente conducía al punto de su destino.

No fué el viaje tan largo y penoso como lo imaginaba, y traspuesto que hubo las singladuras de rigor, entróse en el primer pueblo que está á la derecha mano de la barriada del Atlántico, reconociéndole todos en cuanto abrió la boca y festejándole como tan amado pariente merecía, en forma y manera que le desconcertaron: le traían y llevaban, le aplaudían, le obsequiaban y en su loor vertiéronse perlas poéticas á calderadas, que esto lo da de sí la raza, ya que otra cosa de más enjundia no diera.

Pero, cuando llegó la hora de revisar la carga y se enteraron del valor de la mercancía por el peso, por el tacto y por la vista, que todo lo revolvieron y tasaron en justicia, dijéronle que había perdido el viaje y que la amistad es amistad y

el negocio negocio; trajera los riquísimos productos de sus minas, de sus fábricas y de sus industrias, y trocarían por ellos, sin desventaja, sus trigos y cereales, de que sus graneros hallábanse henchidos; las carnes de sus ganados, más abundantes que los hongos, y cuanto la naturaleza brindaba y el trabajo producía y la experiencia perfeccionaba con ansias y arrestos de llegar al límite de la perfección mecánica.

Oyó el mohino caballero estas que se le antojaron herejías, y á todos contestaba:

—¿Trigos? se alzaría Castilla. ¿Carnes? ardería Galicia por las cuatro puntas. Y Cataluña y Andalucía y el Norte y el Sur me aspan y hasta algún vecino me reta á duelo descomunal si os diera yo un canto de uña de lo que pedís.

Con lo que se marchó y fué con su cargamento al pueblo del lado, donde también le festejaron y opusieron luego iguales razones. Recorrió todos los de la derecha mano y los del barrio apartado del Pacífico, los del Centro y los que allá en el fondo de la cuenca oceánica tienden sus feraces praderas y en todos halló igual recibimiento y razones iguales, sin que le vencieran ni convencieran; porque, dígase la verdad, ocultos encantadores, envidiosos de la alta fama que había de cobrar en esta aventura, le sujetaron la voluntad con el hilo de la rutina. Irritábale, entretanto, que por doquiera anduvo, descubriese que otros que intentaron empresa como

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

la suya, italianos y franceses, tudescos y britanos, lográronla tan generosamente, que vivían en aquellas tierras ricos y felices; y herido del fracaso, indigestado de agasajos, con la visión de un mundo nuevo que le trastornaba y suspendía, volvió á su barco y en su barco á la deseada orilla, persuadido de que tal empresa no estaba para él reservada é hizo tan mal en imaginarla como en acometerla.

Corrido, pues, el buen caballero echóse otra vez á la sombra de sus laureles seculares, en la noble casa solariega agrietada por la ruina y sobre la cual la leyenda dorada resplandecía como el sol. Puestos los ojos en el pasado, sordo al rumor de la batalla social, se aletargaba nuevamente, entregábase al sopor de la pereza y del aislamiento, que es la muerte en la vida... El su fiel escudero, á quien necio olvidara de llevar en esta su primera salida por los campos comerciales, sorprendióle así melancólico y desmadejado, y hubo tal cólera que se mesó las barbas, soltando más denuestos que pelos tenía en ellas.

—¡Pesia á mí y al padre que me engendró! que no logre ninguna de las promesas de vuesa merced, antes que verle como le veo, mientras por esos mundos que fueron suyos pelean todos los andantes caballeros que de valientes se precian. ¿De qué se queja vuesa merced, voto á tal? ¿de que no le aceptaran sus garambainas? pues ¿qué creía entonces? ¿que son chicos que se

maman el dedo? ande y levántese y cargue su barquito con las muchas cosas buenas que aún le quedan y lléveme á mí, que ésta es una aventura de las de honra y provecho, y así ya pueden cortar bien sus plumas los Benengelis que quieran legarla á la posteridad. ¿Y sabe lo que me ocurre? que para que no se la echen á perder esos encantadores hi... de quien yo me sé, que por extraviarle y burlarle le ataron la voluntad y aconsejaron llevara lo que llevó, se limpie del moho de sus preocupaciones, y supuesto que de la reconquista moral de América se trata, y quien mantiene su puerta cerrada á ninguna otra puerta debe llamar, vuelva del revés el grito guerrero que asustaba á la morisma, y tal como entonces se decía:— ¡Santiago y cierra España!... diga su merced ahora conmigo: — ¡Santiago y abre España!

UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO